

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

PALMA. (Imprenta Balear.
Rullan, hermanos.
García.)
MAHON. Orfila. (D. Domingo.)
IVIZA. Cabot.

Sale todos los días por la tarde, excepto los sábados.

EL BALEAR.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Por un mes.
En Mallorca 8 rs.
En Menorca é Iviza fran-
co de porte. 10 rs.
En los demas puntos del
Reino. id. id. 12 rs.
Cada número suelto 1 rl.

PALMA.—SÁBADO 27 DE OCTUBRE DE 1849.

ADVERTENCIA.

Para anticipar á nuestros suscritores las noticias que contienen los periódicos recibidos ayer por el *Barcelonés*, damos hoy el número de mañana. En su lugar publicaremos por suplemento lo mas importante que se reciba por conducto del *Mallorquin*.

NOTICIAS NACIONALES.

Madrid 20 de octubre.

OPINION DE LA PRENSA sobre el cambio de ministerio.

Para que vean nuestros lectores que no infundadamente decíamos que el asombro y la sorpresa producidos por el cambio de ministerio habían sido generales en Madrid, como indudablemente lo serán en España, como lo serán también en la Europa y en todos los puntos del globo á donde pueda llegar la noticia, vamos á transcribir aquí trozos de los artículos de todos los periódicos de esta corte, verdadero resumen de la opinion general que es la opinion de todos los partidos.

Dice la *España* bajo el epígrafe *Cambio de gabinete*:

«A la hora en que escribimos estas líneas, aun no han salido los habitantes de esta corte de la dolorosa sorpresa y extraordinario asombro que les ha causado la inesperada caída del gabinete que presidía el señor duque de Valencia, creyéndola unos inverosímil, otros un sueño, todos anti-parlamentaria y sumamente peligrosa para los intereses de España, para las instituciones y para la paz que felizmente reina en nuestra patria.

Indica despues el modo como ha llegado á consumarse el cambio ministerial, y continúa.

«A ser cierto lo que se nos dice, y tenemos motivos para creer que lo sea, la caída del gabinete Narvaez no puede ser ni mas impolitica, ni más contraria á la practica que se ha guardado siempre en los gobiernos representativos. No es esto lo peor sin embargo, sino lo que necesaria é indefectiblemente tiene que suceder despues, si la Divina Providencia no vela sobre esta nacion que apenas parece tocar á la línea de su ventura, cuando un suceso imprevisto é inexplicable viene á desvanecer las mas fundadas y mejor concebidas esperanzas.

El primer paso está dado; mucho tememos que el segundo no se hará esperar. ¿Y entonces? Entonces, todos los hombres de buena fé, todos los que deseen vivir en paz y tranquilidad, todos los que estimen en algo las instituciones, todos los que no hayan olvidado la sangre y los inmensos sacrificios que ha costado afianzar y consolidar el sistema representativo, se agruparán en derredor del trono, y opondrán dique al torrente sea cualquiera la direccion por donde venga.

Sea tambien cual fuere la marcha que se proponga seguir el nuevo gabinete, es imposible que se baga la ilusion de contar con la cooperacion de las Cortes. En este supuesto, indudable para nosotros, tendrá que disolverlas. Pero si acude á las urnas electorales, tambien estamos persuadidos de que su fallo le será contrario. En semejante situacion, el nuevo gabinete, si se estima en algo; si no quiere hechar sobre su conciencia la grave responsabilidad de hacer correr al país grandes y peligrosos azares, no le queda mas que un camino honroso que seguir: este camino es presentar su dimision.

Estamos seguros de que la prensa de todos colores responderá en esta ocasion solemne á la voz de su conciencia.

La situacion es difícil; confiemos en que Dios y la razon nos ayudarán á salir de ella sin grave lesion de los principios monárquico-constitucionales.»

El artículo del *Pais* es sobre todos los de sus colegas enérgico y contundente:

«Tomamos la pluma bajo el dominio de una impresion dolorosa; apenas podemos darnos cuenta de lo que sucede: oscuras son sus causas; oscuros los medios con que se ha realizado; indefinible su existencia; sus consecuencias incalculables. No eran extraños á los anales de nuestra vida politica estos cambios inopinados, estas arriesgadas peripecias, aunque ninguna tan grave como la presente; pero creíamos mudados los tiempos; nos lisonjeaba la perspectiva de una situacion en que hallabamos cumplidas las condiciones esenciales y las prácticas autorizadas de los gobiernos regulares: veíamos dentro y fuera del gobierno, en los poderes del estado y en la sociedad fuertes elementos de orden, con cuya influencia iba sucesivamente desapareciendo multitud de pretensiones ilegítimas, multitud de malos hábitos fatalmente contraidos durante una larga serie de situaciones inciertas y anómalas, peligrosas y funestas. A las cuestiones esencialmente políticas, á la accion estéril ó deleterea de las pasiones individuales habian sustituido las cuestiones de progreso verdadero, las cuestiones de utilidad inmediata, de interes positivo y comun.

Preciso es que se haya sorprendido el ánimo de nuestra augusta Reina para autorizar con su soberana sancion este incalificable suceso, tanto por lo menos como ayer lo estaba toda la capital, cuando la evidencia de los hechos venia la incredulidad de cuantos escuchaban abortos su relato. Preciso se hace elevar hasta el regio dosel la impresion generalmente producida, los temores, la ansiedad universalmente suscitada por un suceso, que en fuerza de su misma oscuridad, que por su propia indole y tendencias incalificables es mas ocasionado á peligrosas interpretaciones que lo seria otro cualquiera de significacion determinada.

Nosotros, hombres del partido moderado, primeros campeones en la conquista de esta paz que gozábamos, naturales depositarios del orden creado á su sombra, amantes de la monarquía y antiguos y fieles guardadores de los augustos intereses que tan veneranda institucion representa, tenemos derecho á exigir una respuesta tan pronta como cumple á la sorpresa producida por los sucesos que nos ocupan, porque si bien declinamos toda responsabilidad respecto de las inmediatas consecuencias, no podemos ni queremos desprendernos de la que el país y nuestra conciencia nos exigirán si dejamos de exigirla á nuestra vez á los autores de lo presente. Sin tregua y sin descanso lucharemos hasta obtener suficiente garantia, y cuando esta se nos negase, hasta llegar con cuantos medios nos da la ley y nuestra fuerza legitima adonde la augusta jóven que hoy ocupa el trono se digne escuchar nuestros leales consejos.

Entretanto, solo tenemos una cosa que añadir; los acontecimientos, como el de ayer son el camino fatal por donde se va á las reacciones... y á las revoluciones.»

El *Heraldo*:

«Cuando estas líneas lleguen á manos de nuestros lectores, aun no habrá salido Madrid del estado de verdadero estupor, de inexplicable asombro que produjo ayer en todas las clases de la sociedad, en los hombres de todos los partidos, la noticia de lo que habia ocurrido anteanoche, y la inesperada y admitida dimision de todo el ministerio.

Parece que anteanoche S. M. la Reina llamó á uno de los altos funcionarios de palacio, y le autorizó para enseñar al señor marques de Molins una carta que S. M. el Rey habia escrito á su augusta esposa. Esta carta concebida en términos muy duros para el ministerio, venia á decir en resumen que habia llegado á ser indispensable separar de sus puestos á los ministros, y colocar en su lugar á los que S. M. habia ya indicado verbalmente á la Reina como los mas convenientes para ser sus consejeros. Facil es concebir el efecto que producirían en el señor marques de Molins estas expresiones que encerraban una acusacion que el ministerio no creía merecer; y desde luego vió la necesidad de comunicar esta grave noticia á sus compañeros en el acto mismo; pero el funcionario á quien aludimos le manifestó que segun le habia dicho S. M. la Reina, el duque de Valencia recibiría la noticia por otro conducto. Efectivamente, al mismo tiempo que esto sucedía con el marques de Molins, otra persona re-

fería el mismo acontecimiento al señor presidente del consejo de ministros.

En esta situacion, la conducta del ministerio no podia ser dudosa. En realidad, no le quedaba mas que un camino. Reunióse en consejo, y decidió en el acto poner respetuosamente su dimision á los pies del trono.

Pocos momentos despues todo el ministerio estaba en palacio: S. M. lo recibió visiblemente afectada; el duque de Valencia le manifestó en nombre de todos los ministros, que, considerando que habia perdido su confianza, el ministerio, acatando como siempre su soberana voluntad, venia á entregarle su dimision. S. M. contestó que estaba demasiado conmovida y agitada para resolver en el acto tan grave asunto, y que necesitaba para hacerlo algunas horas. El duque de Valencia entonces dijo á S. M. que si alguien habia querido infundir sospechas en el real ánimo, sobre la lealtad del ministerio, rechazaba la calumnia, sea cual fuese su origen; y S. M. se dignó disipar las dudas que en esta parte pudieran existir, con algunas expresiones benévolas para todos sus consejeros.

Tal fué el desenlace de esta primera parte del drama. A las tres de la madrugada el señor ministro de Marina fué llamado á palacio para refrendar el decreto en que se admitía la dimision al general Figueras y el que confiaba este ministerio y la presidencia del consejo de ministros al conde de Clonard. La Reina dió este encargo al marques de Molins con visibles señales de repugnancia y sin cesar de llorar.»

Reservando la *Patria* emitir su opinion mas detenidamente se explica en estos términos:

«El ministerio del general Narvaez ha durado dos años completos; ha atravesado difíciles periodos; ha muerto cuando nadie lo creía, lo temía, ó lo esperaba.

Nosotros hemos sido sus adversarios leales por espacio de diez meses; y le hemos combatido con la franqueza siempre, con la dureza alguna vez, que han visto nuestros lectores. Pero nosotros no queríamos que acabase como ha acabado: no hemos contribuido á ello; no nos damos el parabien por un suceso semejante.»

Dice la *Nacion*:

«El gabinete presidido por el señor duque de Valencia ya no existe. Un golpe repentino de origen todavia misterioso lo ha derribado, y la capital del reino recibió ayer mañana con asombro esta noticia, cuando menos la esperaba.

Sabe el país que no éramos amigos del ministerio que acaba de sucumbir. Usaba mal del poder, pero estaba apoyado por unas cortes, cuya sola existencia nos bastaba para desechar la duda cruel sobre la legitimidad de su representacion: nada indicaba desacuerdo alguno entre el poder reponsable y la corona, y puede asegurarse bien que tal desacuerdo no existía. Estas son las dos únicas causas que en los países constitucionales justifican la mudanza de un ministerio. Esta debe ser efecto de una lucha, y la lucha no se ha verificado. En un gobierno constitucional no hay caídas; hay, sí, retiradas, en que entra á la vez la fuerza y la voluntad: la fuerza en cuanto se presentan obstáculos legítimos, sin los que tales hombres no pueden continuar gobernando: la voluntad en cuanto conocidos éstos obstáculos y la imposibilidad de resistir á ellos sin detrimento de la causa pública, los poseedores del poder conocen la necesidad y obligacion de resignarse.

Si la exoneracion ha sido contraria á todos los principios de gobierno, el reemplazo ha sido todavía mas chocante é irregular. Un general senador ha recibido el encargo de formar el nuevo gabinete: poco trabajo le ha costado: jamas ministerio alguno ha dado lugar á menos quejas sobre la tardanza de su definitivo arreglo: todo ha sido obra de pocas horas, ó por mejor decir, ya estarían apalabradas de antemano todas las personas, y las apariencias son vehementes para dar á entender que todo estaba calculado y prevenido para un momento dado. ¿Y donde ha ido á buscar sus compañeros el señor conde de Clonard, ministro de la Guerra y presidente del Consejo? Hé aquí sus nombres.

La *Reforma* se explica así:

«Ayer anunciábamos por suplemento la caída inesperada é inexplicable del gabinete Narvaez, de ese gabinete que habiendo merecido por espacio de dos años y catorce días la confianza de S. M. y el apoyo de las Cortes, y que despues de haber cometido grandes actos de arbitrariedad, habia entrado en un sistema de legalidad, de tolerancia y de reformas, que le habian conquistado

hasta cierto punto el aprecio de todos los partidos amantes del orden.

«Tan inesperado acontecimiento nos ha sobrecogido, nos ha llenado de alarma y de temor. La circunstancia de hallarse convocadas las Cortes para el 30 del corriente, el apoyo que se supone habia de tener en ellas el ministerio caído, y la falta ostensible de motivos para un cambio repentino de ministerio, y aun de política, hacian que ni nosotros ni nadie hubiera previsto un golpe de Estado que ha cambiado instantáneamente la faz política de la situación.»

El Clamor dice:

«No alcanzamos a concebir como se atropellan las consideraciones políticas por el afán de ser ministros sin prever los conflictos que deben ocasionarse. Necesitamos saber si vivimos ó no bajo un gobierno representativo para arreglar nuestra conducta y emitir nuestra opinion. Por desgracia el suceso de ayer persuade de lo contrario, porque nos aturde y asombra que hombres como los actuales ministros, que no han salido siquiera del parlamento, que no están afiliados en ninguno de los grandes partidos que pueden hoy mandar en España, que no representan ningun sistema, se atreven á encargarse del mando en las actuales circunstancias. ¿Con qué cortes va á gobernar el nuevo ministerio? ¿En qué partido pretende apoyarse? ¿Cuáles son sus miras? ¿A dónde nos conduce? Estas y otras dudas nos asaltan y alarman al considerar su origen, y su repentina y aislada aparicion en el campo constitucional.

Circulan rumores acerca de planes reaccionarios, se anuncian medidas violentas y represivas; se considera amenazada por muchos la libertad del pueblo español. Fieles nosotros al sistema de justicia é imparcialidad que nos hemos propuesto, no adelantaremos ningun juicio hasta conocer los actos sobre que debe recaer nuestra opinion. Mas si desgraciadamente se confirmasen las sospechas, seriamos los primeros á defender la libertad de España cumpliendo con animo resuelto nuestros deberes.»

Por último, el Eco del Comercio se expresa en estos términos:

«En una hora hemos quedado iguales los partidos, ni el que se llamaba moderado tiene representacion en el gabinete, ni la tenemos nosotros hace años; hoy corremos parejas con la diferencia que nosotros ni conservamos odios, como dijimos el dia de nuestra reaparicion, ni aspiramos á otra cosa que al bien del país; no sabemos si mañana podremos echar de menos la tolerancia que hemos observado hace seis dias; si fuere así, lo sentiriamos. Entre tanto, y hasta ver los decretos de los nuevos ministros, nos ocuparemos de lo que ha llegado á nuestra noticia sobre el extraño cambio, sin responder de la certeza.»

Idem 21.

La Patria.—«Se han realizado completamente nuestras previsiones. El ministerio Manresa-Armesto-Balboa no ha podido resistir á dos dias de risa general. No sabemos si él se ha ido de propia voluntad ó si se le ha indicado que se vaya. Lo cierto es que anoche á las nueve volvían á jurar de ministros el Sr. Narvaez y todos sus compañeros.

No tenemos necesidad de decir cuan satisfactorio es este resultado. Ante una cuestion tan grave, tan constitucional como la suscitada en estos dias, todas las disidencias desaparecen. La restauracion del gabinete del duque de Valencia es hoy la derrota de las intrigas y el triunfo de los buenos principios.

Falta ahora que este triunfo no se desaproveche; falta solo que el general Narvaez escuche un consejo que le dirigimos con la mayor sinceridad, con una buena fe que no podrá menos de reconocer en los que ni le adulamos poderoso, ni le insultamos caído.

Hace dos años que tiene fija su vista, para combatirla, meramente en la revolucion: la ha vencido, la ha enfrenado; no es la revolucion la que le hirió el 18 de este mes. Mas al combatir á ese enemigo, ha olvidado que podia tener otro, y nada ha hecho para precaverse contra él. Entienda y aprenda. No es la revolucion sola la que acaba con los gobiernos: tambien se le hiere por otro lado en la oscuridad; tambien existe la intriga, contra la cual no hay defensa sino en la valentia del espíritu público y en la sinceridad de las instituciones liberales. Sirva el suceso de enseñanza, y hágase en adelante lo que no se hiciera desgraciadamente hasta aqui.»

El País.—«La situación inaugurada hace tres dias con la retirada del gabinete Narvaez y con la formacion de este ministerio, que no sabemos con qué nombre político bautizar, es una de las situaciones mas graves por que en estos últimos tiempos ha pasado el país, han pasado las instituciones, ha pasado la monarquía.

O el nuevo ministerio no significa nada, ó si significa algo, su significacion no puede ser mas que una, la reaccion.

La reaccion, he aqui la palabra que en medio de la extrañeza universal salia ayer y antes de ayer de todos los labios.

¡La reaccion!!! palabra fatal cuando se emplea en el sentido en que nosotros la empleamos ahora; palabra

que si alguna vez, como al presente lo estamos viendo en Europa, significa la restauracion natural del orden perturbado por las revoluciones, otras veces, y esto sucederia hoy cabalmente en España, no puede significar sino la alteracion de ese mismo orden en favor de esas mismas revoluciones: palabra á la cual, en los tiempos que alcanzamos, con las lecciones que hemos recibido, con los ejemplos que nos está ofreciendo en cada una de sus páginas la historia moderna, no responde ya ningun corazon generoso, ninguna inteligencia elevada, ningun carácter simpático, ningun hombre en fin, que sienta latir en su pecho y dominar en su cabeza las cualidades que hoy mas que nunca se necesitan para el gobierno de las naciones.

Y qué reaccion, Santo Dios, seria la de estos hombres? Cuando las reacciones están apoyadas por un gran partido, entonces á lo menos pueden llegar á ser gobierno por algun tiempo; pero, ¿dónde está aqui ese partido? Dado que le haya dispuesto á aprovechar la primera circunstancia, ¿sois vosotros sus hombres, sois vosotros sus gefes, sois vosotros sus representantes? No, los gefes de ese partido no se llaman Clonard ni Balboa; se llaman Montemolin y Cabrera. Ni digais tampoco que no sois de esa especie de reaccion, que aspirais solamente á fortalecer el poder real dentro del círculo de las actuales instituciones, porque los gefes de esa fraccion partidaria de un absolutismo parlamentario se llaman el marqués de Viluma y D. Santiago Tejada; no se llaman D. Fulano Armesto y D. Perengano Manresa.

La Nacion.—«Bajo la impresion de la idea que absorbe hace dos dias todos los espíritus, seria imposible apartar nuestra imaginacion de un solo objeto: del cambio ministerial que algunos llegan á llamar golpe de estado. Si nos propusiéramos escribir sobre otra cosa, dificilmente podriamos, y si lo lográsemos, apenas seriamos leidos.

«Que esta impresion existe, que despues de recibida no ha perdido un punto de su primera intensidad, todos lo conocen, cada uno puede responder por sí, y contadas las respuestas, resultaria completa unanimidad. No ha habido demostraciones que puedan llamarse públicas: ha habido corrillos en que á la verdad se hablaba y gesticulaba con calor, pero sin el menor síntoma de desorden: sin embargo, el nuevo gobierno las ha temido. Dudamos que conozca su posicion, pues, á conocerla, no se hubiera atrevido á colocarse en ella; pero instintivamente sospecha que el país le es contrario; duda ser obedecido, pregunta, indaga, sondea, y no queda tranquilo ni satisfecho.

«La concurrencia en casa del general Narvaez fué una magnífica ovacion privada, una verdadera protesta contra un acto universalmente reprobado. Amigos y adversarios políticos, senadores y diputados, moderados y progresistas, hombres austeros y hombres aduladores, personas notables en sus respectivas categorías, autoridades, magistrados, jefes de la guarnicion, todos acudieron como á un duelo por los males de la patria, como á un acto de provocacion inerme, respetuosa, pero significativa á las iras del nuevo poder.

«La imprenta, desechando temores, no ha depuesto su dignidad, ni con un silencio cobarde, ni con declamaciones destempladas. Su voz ha sido unánime: todos, sin distincion, han reclamado el ejercicio de los principios constitucionales que han visto desatendidos y vulnerados, todos han temblado por la suerte de la patria, todos han llorado por su reina. Sus palabras deben recogerse como un documento histórico, como un signo y medida de la opinion que habla en un momento solemne.

El Herald.—«Tuvimos prudencia ayer al referir los escandalosos acontecimientos que ha presenciado la capital; tuvimos la prudencia de los hombres acostumbrados á contemplar friamente los acontecimientos políticos, y á no dejarse arrebatar por las primeras impresiones, siquiera estas impresiones sean de aquellas que arrancan lágrimas de sangre á los que no pueden mirar impasibles la ruina y la deshonra de su país. Queríamos dar tiempo al desarrollo de los acontecimientos; queríamos dejar que se levantase el velo del misterio en que ha nacido la situación vergonzosa en que nos encontramos, y ver cuál era la solución de este enigma inexplicable, cual el objeto grandioso á cuyo logro se sacrificaba la dignidad, la dicha, la riqueza, el decoro, el honor mismo de la nacion. Hoy podemos decir que ese velo se ha corrido, y ya no nos cabe la indignacion en el pecho; hoy hemos visto que este era un enigma sin solución, una sombra sin cuerpo, un pretexto y no una causa. Se ha corrido el velo, y tras él no se ha descubierto mas que el vacío. En medio de la indignacion de burla con que ha sido recibido el actual ministerio por toda la poblacion de Madrid, sin escepcion de personas ni de partido, surge la conviccion amarga de que por medio de una intriga miserable se ha derribado una situación fuerte y vigorosa, un ministerio que marchaba rápidamente hacia la consolidacion de nuestros mas caros intereses, sin objeto, sin fin, sin plan, sin mas deseos que el de sustituir unos nombres á otros, desentendiéndose de lo que exigian el decoro y la dignidad de los españoles, desentendiéndose de

las leyes mismas, desentendiéndose de la representacion nacional y de todo lo que constituye los elementos de nuestra organizacion política.

«Jamás, desde que España existe, se ha lanzado tan atroz insulto á su dignidad; jamás se la ha humillado tanto á sus propios ojos; jamás se le ha hecho representar un papel tan indigno de una nacion civilizada. Y la nacion lo conoce demasiado bien. No hay mas que recorrer la Puerta del Sol, y mezclarse en esos grupos compuestos de las personas mas ilustres del país para conocer hasta donde llega la indignacion, el desden y la ira. Nadie aplaude á la horrible farsa que estamos presenciando, á no ser desde un rincon oscuro los que se deleitan en todos los males que sufre el país los que han tenido la audacia de invocar el apoyo del extranjero en favor de sus ideas vetustas, condenadas á muerte por la civilizacion y por los sentimientos de humanidad que hoy imperan en el mundo.

Pero si de este trastorno no ha resultado mas que una farsa que no está en consonancia con el estrépito de su nacimiento, en cambio hemos aprendido una leccion cara, pero útil. Sabemos que es posible en España fraguar en medio de las tinieblas una intriga estúpida y criminal, que pone en el vuelco de un dado la existencia misma de la nacion, y derriba una situación fuerte y popular por una veleidad necia ó por un capricho insensato; sabemos esto, y ya es un gran paso para aplicar al mal el remedio oportuno. Las cosas no pueden permanecer muchas horas en el estado en que se encuentran; es preciso que de una manera ú otra vuelvan á su cauce; porque la nacion no puede existir en este estado ridiculo. Entonces será indispensable aclarar el único misterio que aun existe, y sean quienes fueren los que le han fraguado, sobre su cabeza debe caer implacable un castigo proporcionado al mal que han hecho; porque si hay quien se divierte en producir hechos de esta clase, si hay quien considera como muy entretenido jugar con el crédito, con la dignidad y con la honra de la nacion, conviene que sepa, para que no tenga imitadores, que ha adoptado un oficio peligroso, un oficio que tiene quiebras lamentables y que tras el deleyte viene el dolor, y tras el capricho, el castigo y el escarmiento.

El país entero estará ansioso por conocer el desenlace, por dicha favorable, que han tenido los graves sucesos que tan profunda alarma y tan terrible indignacion produjeron en todos los corazones generosos. Hé aqui los hechos como los refieren los órganos autorizados del gabinete y los diarios mejor informados.

Despues de una conferencia que S. M. la Reina tuvo con su augusta madre en el palacio de esta última, S. M. se dignó llamar al general Narvaez para confiarle la reorganizacion de su ministerio. El general Narvaez acudió, como era de su deber, al llamamiento de S. M., pero por razones que respetamos y que sabrán apreciar los que conocen su carácter noble y pundonoroso, creyó de su deber rehusar desde luego, y decididamente, la alta honra que S. M. le hacia. S. M. muy conmovida y afectada, insistió en ello una y otra vez, manifestando al duque de Valencia que solo en él y en su gabinete confiaba para evitar los graves peligros de la situación, y para salvar al trono de los embates que le amenazaban. El duque de Valencia estuvo por largo rato resuelto á no ceder, y su resistencia llegó hasta los límites de que no podia pasar, considerando que era una señora, y esta señora su Reina, la que le exigia lo que para él habia llegado á ser un verdadero sacrificio; y en esta situación le fué preciso declarar á S. M. que con su nunca desmentida lealtad y con su decision á toda prueba cedia enteramente á todo lo que S. M. se dignase disponer.

Sin embargo, no manifestó su resignacion á satisfacer los deseos de S. M. sin haberle indicado antes la posibilidad de que encontrase en los hombres distinguidos de todas las opiniones personas capaces de constituir un verdadero gabinete, ya amalgamando en uno solo hombres escogidos por su superioridad, ya disponiéndolo de otra manera, como S. M. lo juzgase mas conveniente. A pesar de que el duque insistió hasta donde lo permitia el respeto á su Reina, S. M. no quiso tomar en consideracion estos desinteresados consejos, y dijo terminantemente que no depositaria su confianza mas que en su antiguo gabinete. Ante esta resolucion, el duque de Valencia no pudo hacer otra cosa que acatar la voluntad soberana.

Desde este momento desaparecieron todos los peligros de la situación, y volvió á brillar la alegría en el rostro de S. M., cuyo corazon ha sufrido tanto en estas cuarenta y ocho horas que acaban de transcurrir. S. M. quiso confiar especialmente al conde de S. Luis el encargo de sustituir al gabinete intruso, ó á eso que se ha llamado por befa y escarnio gabinete; y efectivamente, despues que el conde de Clonard hubo refrendado el nombramiento del conde de S. Luis, este destituyó en los términos que merecian, y obedeciendo á las órdenes de S. M. á los que serán famosos en la historia de España por el peligro en que, en medio de su nulidad é insignificancia personal, han logrado poner al trono y á las instituciones. En seguida el conde de S. Luis escribió de su propia letra los decretos en que se nombraban de nuevo á todos los ministros anteriores.

Como era natural, los escandalosos sucesos de que

ha sido teatro el palacio de Fernando VI y de Carlos III no han podido quedar sin castigo. Nosotros, acallando los sentimientos de piedad en nuestro pecho, lo pedimos ejemplar y severo para los que no han vacilado en arrojar una mancha sobre el trono, y presentarnos á la befa de la Europa. En nombre del país, de su honra, de su decoro, un día y otro levantaremos enérgica nuestra voz hasta ser escuchados. Las contemplaciones son imposibles cuando se trata de la suerte de un pueblo y de catorce millones de españoles.

A las diez de la noche el general Balboa salía arrestado de la casa del duque de san Carlos, donde se había refugiado, apoyado del brazo del mayor de la plaza, precedido de dos ayudantes y seguido de cuatro soldados. Segun *El Heraldo*, marcha desterrado á Ceuta.

El conde de Clonard, que ha perdido en algunas horas toda la consideracion que rodeaba su nombre, queda libre, pero privado de la direccion del colegio general militar, que se confía al general Gallego.

Segun *El Heraldo*, la insignificancia de los demás ministros ha hecho que el gobierno ni siquiera haya pensado en ellos.

El Exmo. Sr. D. José María Manresa y Sanchez, ex-ministro de Gracia y Justicia y ex-interino de Estado, ha sido detenido por algunas horas en el gobierno político. Parece que poco antes de devolverle la libertad la pedía, ofreciendo declarar lo que sabía de su breve historia ministerial. Se cree que desde su casa pasará muy pronto á la cárcel á cumplir los cinco meses de prision á que le había condenado el juez de primera instancia, Sr. Auriol, por desacato á la Audiencia.

D. Vicente Armesto, ministro de hacienda, ha perdido su empleo de veinte mil reales en el tribunal mayor de cuentas.

Pasando de los instrumentos á los autores de la trama, han sido presos;

La célebre sor Patrocinio, la famosa monja de las llagas, á la que cuenta la fama se habían presentado apariciones estos días, apariciones que no han contribuido poco á esta escandalosa crisis, y que son una hefa de la santa y augusta religion de nuestros mayores. El vicario eclesiástico dió inmediatamente su consentimiento para esta medida.

El P. Fulgencio de los Esculapios, antiguo confesor de toda la familia del infante don Francisco, y fraile

de trapisondas, á quien se hablaba de conceder la gran cruz de Carlos III, medida que ha sido inmediatamente revocada. Parece que este se negaba á reducirse á prision, alegando que no reconocia otra persona autorizada al efecto que el mayordomo mayor de palacio. Pero el Sr. Zaragoza le persuadió á que se resignara con su suerte.

D. Martín Rondon, secretario que era del Rey y privado palaciego de grande influencia en estos últimos tiempos.

Los Sres. D. Rafael Baena, Quiroga y Fuente Taja, gentiles-hombres, empleados de palacio.

— Debemos consignar un tributo de gratitud á la conducta que S. M. la reina madre ha observado en las circunstancias gravísimas por que ha atravesado el país. Su influencia natural y sus consejos, que no pudieron evitar un suceso deplorable, pedidos luego por la augusta é inesperta jóven que rigió los destinos de España, han contribuido eficazmente á conjurar grandes males y terribles calamidades para el trono, para el país, para la causa del orden y de la libertad. Que nuestra voz, mas bien severa que amiga, lleve hoy á los augustos oídos de S. M. la reina Cristina el homenaje de nuestra adhesion y de nuestra gratitud. La España monárquica y liberal se la enviará tambien.

— Sabemos que al amanecer de hoy se han comunicado partes telegráficas á Barcelona, Valencia, y por Irun á Paris, anunciando la reinstalacion del gabinete. Estos partes ganan veinte horas al correo que llevó la noticia de la caída del gabinete Narvaez, y por consiguiente llegarán ántes que se sepa nada de ello. Decimos esto para tranquilizar á los comerciantes, que estaban tan alarmados ayer con la espantosa baja de nuestros fondos, que ha producido pérdidas inmensas y la destruccion de fortunas enteras. Para todas las demás provincias donde el telégrafo no alcanza han partido extraordinarios ganando horas.

— Copiamos de *El Heraldo* las siguientes líneas:

«Gracias á Dios que en medio de la miseria y de la infamia en que se ha querido sumir al país, los españoles han demostrado que no son hombres que besan la mano que los ahofetea y aceptan el yugo que se les ofrece. El tribunal supremo de justicia, el primer tribunal de la nacion, compuesto de hombres encanecidos en el servicio de la reina y de la patria, no ha querido aceptar el atroz insulto que se le ha hecho, y ha dimitido en masa. Por este hecho se puede juzgar el estado de la opinion pública. No vacilamos en tomar el nombre de la nacion entera para dar las gracias á esos dignos magistrados, á esos verdaderos y legítimos españoles, que no han dejado profanar el

santuario de la justicia y que han adquirido un nuevo título al agradecimiento de todos sus conciudadanos.

— En efecto durante su corta vida ministerial, el gabinete del P. Fulgencio llamó al general Villareal, ofreciéndole por tres veces un mando militar, bien en la corte ó en las provincias. El general se negó tenazmente á aceptar nada de semejantes ministros, manifestando que ante todas las cosas era hombre leal y agradecido, y que si volvian á hacersele proposiciones semejantes, pediria sus pasaportes para el extranjero. Antes había estado á ofrecer sus respetos al duque de Valencia. El Sr. Ruiz del Cerro, llamado para ser gefe político, se negó tambien á admitir todo cargo, y lo mismo el Sr. Posada Herrera, por casualidad conocido del Sr. Manresa, quien le ofreció la subsecretaría de gobernacion ó de justicia, diciéndole el ministro que el gabinete estaba dispuesto á reunir las cortes el 30. Nadie ha llamado á los señores Campoy y Ferreira y estamos seguros de que ninguno de ellos habria aceptado puesto alguno.

— Léese en *La Nacion*:

«Anteayer fué llamado por el señor presidente del consejo, en presencia de los demás señores ministros, el señor capitán general de Madrid, conde de Mirasol, para preguntarle si se podía contar con los cuerpos de la guarnicion para cumplir todas las órdenes del gobierno, fuesen cuales fueran; como, por ejemplo (añadió el Sr. Balboa,) espulsar de Madrid á muchos personajes de alto coturno. Como el Sr. Mirasol ignorase todavia los nombramientos, manifestó su estrañeza por semejante pregunta. Pero asegurado de que hablaba con personas que tenían derecho á pedirle esta esplicacion, contestó ofreciendo tomar los informes convenientes. Así lo cumplió por medio de los jefes y habiendo estos sondeado el espíritu de los oficiales mas influyentes, recibieron generalmente esta contestacion: ¡Todo, menos absolutismo!»

— Parece que una de las causas que han apresurado el desenlace de la crisis ha sido el haberse presentado á la reina los principales empleados de palacio á dimitir todos los cargos que en él desempeñaban.

— Dice *la Nacion* que por el señor ministro de hacienda fueron ayer llamados los capitalistas que suelen proporcionar fondos al tesoro. A las invitaciones que les hizo S. E. escitándoles á continuar sus servicios, contestaron que lo pensarían.

— Anoche volvieron á tomar posesion de sus cargos las autoridades que lo habían dimitido.

La primera diligencia del señor Zaragoza fué, segun parece, personarse en los Esculapios y conducir al padre Fulgencio á la gefatura.

— Parece que el padre Fulgencio irá á tomar aires y á que aprenda en un convento á ocuparse mas de las cosas divinas y ménos de las mundanas. (*Popular.*)

[346]

Ahogado por la sed y el ardor que sentia en la garganta, bebió un vaso de agua fria en Ancenis. Esta era la primera vez que perdía un segundo en diez y seis horas.

Y sin embargo, el maldito correo aun llevaba hora y media de delantera. En ochenta leguas solo había ganado Gaston cuarenta ó cincuenta minutos.

La noche se acercaba rápidamente, y creyendo siempre Gaston ver aparecer alguna cosa en el horizonte, intentaba penetrar la oscuridad con su mirada sangrienta: volaba como en medio de un sueño, creyendo oír campanas que resonaban, cañones que disparaban y tambores que batían: tenía la cabeza llena de cánticos lúgubres y de rumores siniestros, y ya no vivía la vida de los hombres, sino que, sostenido por la fiebre, volaba por los aires.

A eso de las ocho de la noche distinguió al fin el horizonte de Nantes como una masa, en medio de la cual brillaban algunas luces como si fuesen estrellas.

Quiso respirar, y creyendo que le sofocaba su corbata, la desanudó y la tiró al camino.

Montado así en un caballo negro, envuelto en una capa negra y la cabeza desnuda hacia mucho tiempo, pues se le había caído el sombrero, Gaston parecía un jinete fantástico encaminándose á algun conventículo de brujas.

Al llegar á la puerta de Nantes cayó su caballo, pero no perdió Gaston los estribos y tirando de la brida con un sacudimiento violento, al mismo tiempo que sepultaba las espuelas en el vientre del animal, consiguió que se levantara.

La noche estaba oscura, y ni aun siquiera se veían los centinelas de la muralla: hubiérase dicho que aquello era una ciudad desierta; pero como tampoco se oía el menor ruido, Nantes tenía mas bien el aspecto de una ciudad muerta.

Sin embargo, al penetrar por la puerta, un centinela dijo algunas palabras que no entendió Gaston.

Y continuó su camino.

En la calle del Chateau cayó por segunda vez su caballo para no levantarse mas.

¡Mas qué importaba esto á Gaston si ya había llegado!

Y continuó su marcha á pie, á pesar de tener transidos todos sus miembros: en la mano llevaba un papel que arrugaba.

Una cosa le sorprendía; y era no encontrar á nadie en un barrio tan populoso como el que atravesaba.

[343]

also revestidos de mantos negros, para que á los ojos del pueblo, cuya rebelion siempre se temía, quedasen confundidos entre los sacerdotes encargados de auxiliarlos.

Despues se agitó la cuestion de atarles las manos. ¡Cuestion suprema!

Pontcalée dijo con su sonrisa de sublime confianza:

— ¡Pardiez! dejadnos las manos libres, que iremos sin rebelarnos.

— Eso no es cosa nuestra, respondió el ejecutor, que se las había con Pontcalée: á menos de una orden particular, todas las disposiciones son las mismas para todos los condenados.

— ¿Y quién da esas órdenes? preguntó Pontcalée riendo; es el rey?

— No, señor marques; respondió el verdugo sorprendido de una sangre fria de que jamás había visto ejemplo; no es el rey sino nuestro jefe.

— ¿Y dónde está vuestro gefe?

Allí está hablando con el carcelero Cristóbal.

— Decidle que venga, dijo Pontcalée.

— ¡Eh! maese Lamer, exclamó el ejecutor, ¿quereis pasaros por aquí?... Uno de estos señores desea veros.

Un rayo que cayera en medio de los cuatro condenados no habria producido un efecto mas terrible que este nombre.

— ¿Qué decís?... exclamó Pontcalée palpitando de terror. ¿Qué nombre habeis pronunciado?

— Lamer, caballero; es nuestro jefe.

Pálido y helado Pontcalée, cayó sobre una silla, fijando en sus aterrados compañeros una mirada indecible; nadie alrededor de ellos comprendía este mudo abatimiento que tan rápidamente sucedía á aquella confianza estremada.

— ¡Con qué!... dijo Montlouis dirigiéndose á Pontcalée con un acento de dulce reconvenccion.

— Sí, señores; teniais razon, dijo Pontcalée; pero tambien la tenía yo en creer en la prediccion, pues sin duda se cumplirá esta como las otras. Solo que esta vez me rindo, y confieso que estamos perdidos.

Y por un movimiento espontáneo, los cuatro condenados se abrazaron orando á Dios.

— ¿Qué ordenais? preguntó el ejecutor.

— Es inútil atar las manos á estos señores si quieren dar su palabra: son soldados y caballeros.

GACETILLA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana.

S. SIMON Y S. JUDAS TADEO APÓSTOLES.

Los santos apóstoles Simon, llamado Zelotes, y Judas, llamado Tadeo, fueron hijos de Maria Cleofé prima de la madre de Dios y hermana de Santiago el menor. Llamados al apostolado, siguieron á su divino Maestro dejándolo todo según su consejo; y después de su ascension á los cielos en la predicacion y propagacion del Evangelio padecieron grandes trabajos, é hicieron muchos milagros, y convirtieron á la fé innumerables gentes; como valientes capitanes de Cristo y conquistadores del mundo, hicieron guerra con su vida y doctrina á Satanás, echándole del trono que tiránicamente habia usurpado; derribando los ídolos, y alumbrando y desengañando á los que con la vana adoracion de los falsos dioses andaban ciegos y embaucados.

VARIACIONES ATMOSFÉRICAS DE AYER.

Horas.	Termómetro	Barómetro.	Hygrómetro
7 de la mañ. ^a	14½ grados.	28 p. 4	80 grados.
12 del día.	16	28 ½	84
5 de la tarde.	17	28 ½	84

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Sale el sol á las— 6 hs. 40 ms.

Pónese á las— 5 » 20 »

Los relojes deben señalar al mediodía verdadero las 11 hs. 44 ms. 18 s.

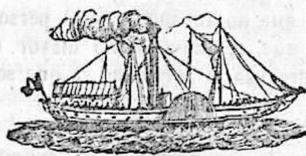
EFEMÉRIDES.

1287.—Confirma en Jgea el rey D. Alonso los privilegios y franquicias de Mallorca.

1553.—Quema Calvino en Génova á Miguel Servet.

1806.—Entra Napoleon en Berlin.

ANUNCIOS.



Vapor-correo EL BARCELONÉS,

su capitan D. Antonio Balaguer.

Llegará á este puerto el domingo próximo por la mañana, y saldrá para Barcelona el martes 30 á las 3 de la tarde.

Admite carga y pasajeros.

Lo despacha D. Jaime Miró y Granada, plaza de las Copiñas.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

NOVILLOS DE MUERTE.

Ultima función para el domingo 28 de octubre. (Si el tiempo lo permite.)

Agradecido el Sr. Gimenez á las consideraciones que ha merecido del público palmesano, y deseando en la última función de novillos ofrecer un completo espectáculo de las corridas que se verifican en el continente, ha determinado que el domingo próximo tenga lugar aquella bajo el siguiente

PROGRAMA.

Se correrán, picarán, banderillearán y matarán seis novillos de las acreditadas ganaderías de los señores Guendulain y Carriquiri y de la Sra. viuda de Zalduendo: los de los primeros con divisa encarnada y los de la segunda con divisa encarnada y azul.

Los dos picadores Royo y Muñoz se hallarán en plaza para picar los seis novillos.

Los novillos 1.º, 3.º y 5.º los matará el primer espada Gregorio Loja, y los tres restantes el segundo Francisco Garcelles.

El Sr. Gimenez hubiera deseado hacer una completa rebaja en los precios de entradas y localidades; pero los gastos que se le originan le impiden realizar su

pensamiento enteramente. Deseando sin embargo hacer alguna variacion en los precios ha acordado para esta última corrida los siguientes:

Palcos de sombra.	160 rs.
Idem de sol.	80
Sillas de anfiteatro á la sombra.	12
al sol.	8
Lunetas de sol y sombra.	6
Delanteras de grada.	6
Contrabarreras.	4
Entrada á la grada palcos y anfiteatro.	8
Idem al tendido.	6

A los que hubiesen tomado localidades para la función que debió verificarse el domingo último les servirán para la que hoy se anuncia y si fuesen de aquellas que han sufrido alteracion en los precios se presentarán al encargado de la venta para devolverles la diferencia.

No tendrá derecho el público á pedir mayor número de novillos ni otros lidiadores que los anunciados, y caso de imposibilitarse alguno ó algunos de estos no podrá pedir sea reemplazado. A los novillos que no tomen varas, se les pondrán banderillas de fuego.

Dará principio la función á las 3.



Hoy no hay función.

Para mañana.

FUNCION 6.ª QUINCENA 9.ª

Sinfonia.

La célebre comedia de magia en 3 actos.

TODO LO VENCE AMOR

Ó

LA PATA DE CABRA,

exornada con todo su aparato.

A las 7.

IMPRESA BALEAR,

á cargo de Pedro José Umbert, editor responsable

[345]

—¡Un correo del ministro! exclamó Gaston: ¿y venia de Paris?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto tiempo hará que pasó?

—Unas dos horas, poco menos.

Gaston dió un grito sordo, parecido á un gemido. Conocía á Dubois... Dubois, que lo habia engañado bajo el traje de La Jouquiere, y se espantó recordando la buena voluntad del ministro. ¿Por qué expedir un correo ganando horas, justamente dos antes de salir él?

—¡Oh! era demasiado feliz, pensó el jóven, y Elena tenia razon al decir que presentia alguna gran desgracia. ¡Oh! yo atraparé ese correo, y sabré lo que lleva, ó perderé la vida.

Y salió como una saeta.

Pero en todas esas dudas é interrogaciones habia perdido diez minutos; de suerte que al llegar á la primera posta iba las mismas dos horas atras. Esta vez habia resistido el caballo del correo, y el de Gaston era el próximo á caer. El maestro de postas quiso hacerle algunas observaciones, pero el jóven dejó caer dos ó tres luisas, y continuó al galope.

En la posta inmediata habia ganado algunos minutos, pero nada mas. El correo que le precedia no acertaba su carrera, y Gaston aligeraba la suya, pero nada mas. Esta horrible rapidez doblaba la desconfianza y la fiebre del caballero.

—¡Oh, decía: sí, llegaré al mismo tiempo que él, si no consigo adelantarlo!

Y redoblaba su celeridad, y castigaba su caballo, que en cada posta se detenia bañado en sudor y en sangre, cuando no se desplomaba en tierra. En todas las paradas sabia que el correo habia pasado casi tan rápido como él; pero le habia ganado algunos minutos, y esto sostenia sus fuerzas.

Los postillones se quejaban á pesar suyo de aquel hermoso jóven, de frente pálida, que corria sin tomar descanso ni alimento, bañado en sudor á pesar del frio, y pronunciando únicamente estas palabras:

—¡Un caballo; pronto; un caballo; mi caballo!

En efecto, transido de fatiga y sin mas fuerza que la del corazon, atolondrado por la rapidez de la carrera y el sentimiento del peligro, Gaston sintió desvanecerse su cabeza y hendirse su frente: el sudor de sus miembros estaba mezclado de sangre.

38.

El drama de Nantes.

ENTRE tanto volaba Gaston por el camino de Nantes, dejando detrás al postillon, encargado entonces, como hoy día, de contener los caballos, en lugar de hacerlos correr hasta no poder mas. Mas á pesar de estas dos fuerzas contrarias, andaba tres leguas por hora, y así habia atravesado Sevres y Versailles.

Al llegar á Rambouillet, cuando comenzaba á clarear el día vió al maestro de postas y á los postillones alrededor de un caballo que acababan de sangrar. El animal estaba tendido en medio de la calle, y apenas respiraba.

Chanlay no reparó al principio, ni en el caballo, ni en el maestro de postas, ni en los postillones; pero al montar de nuevo, oyó á uno que decía:

—Al paso que va matará mas de uno de aqui á Nantes.

Iba á marchar Gaston; pero acometido de una reflexión súbita y terrible, se detuvo, é hizo señas al maestro de postas para que se acercase.

El maestro de postas obedeció.

—¿Quién ha pasado por aqui dejando ese pobre animal en tan mal estado? preguntó Gaston.

—Un correo del ministro, respondió el maestro de postas.